

EL SER HUMANO, ¿NACE O SE HACE?

José María Barrio Maestre
Universidad Complutense de Madrid

La cuestión de la identidad sexual tiene mucho que ver con el proceso de maduración de la persona, y con su propia autoconciencia. Ese proceso tiene elementos biológicos, psicológicos y culturales, cuya sinergia no podemos desatender quienes profesionalmente estamos implicados en la educación, que sobre todo consiste en ayudar a las personas a crecer como personas.

El llamado “enfoque del género” incluye ciertas dificultades en el asentamiento de cada persona en su condición de persona-mujer o persona-varón. Antes que ser varón o mujer, cualquier varón o mujer es persona humana, un individuo de la especie biológica *homo sapiens sapiens*.

La persona humana es animal racional. Que cualquier individuo de la especie humana puede ejercer su ser animal-racional según una forma masculina o femenina, con las respectivas modalizaciones psicológicas y culturales que se derivan de la profunda hibridación o compenetración que en él se da entre lo anímico y lo somático, ha de considerarse como algo ontológicamente secundario. En ningún caso la identidad como hembra o como macho puede anteponerse a la identidad personal. Pero es algo propio de la persona en tanto que animal el ser persona mujer o ser persona varón. Esto es algo que los lógicos llaman propiedad (*proprium*). Una propiedad no es la esencia de su titular, del “propietario”, pero sí algo que está unido a la esencia, y además unido de forma necesaria. Si se entiende bien esto, es algo adjetivo, no es lo más sustantivo que hay en nosotros, que es la animalidad-racionalidad, pero es un adjetivo que siempre acompaña a ese sustantivo.

El carácter sexuado del ser humano sólo puede obviarse desde una perspectiva espiritualista que niegue o deprima su índole animal, o que la entienda en una forma meramente instrumental o dualista, como algo hipostáticamente separado de su ser-persona. Esa perspectiva antropológica, que en cierto modo inauguró el platonismo en occidente, parece rediviva en la entraña misma del llamado “enfoque de género” (*gender*).

Puesto que la animalidad biológica forma parte de la esencia del animal-racional, su ser sexuado corresponde a su naturaleza, es decir, al modo de ser con el que “nace”, a la modalización básica con la que viene a la existencia, en una forma tal que no sólo matiza sino que condiciona radicalmente todo lo que somos y hacemos como seres humanos, aunque sea, insisto, de una manera adjetiva, no sustantiva (según el modo de la propiedad, que no consiste en su titular sino que lo acompaña siempre e imprescriptiblemente).

Uno de los rasgos característicos de la *ideología del género* es que trata de eliminar radicalmente la diferencia sexual, considerándola como parte integrante, o quizá como consecuencia necesaria de una discriminación histórica a la que se ha visto sometida la mujer. Esa reivindicación frente a injusticias históricas que caracterizó al feminismo

clásico parece suministrar aún hoy un respaldo moral consistente al llamado feminismo “de género”, que lo rentabiliza de cara a propósitos que van mucho más allá de aquellas justas reivindicaciones históricas. Hoy en día está plenamente asumido que aunque pueda hablarse de ciertos roles, no puede hacerse en un sentido estereotípico, de una forma fijista. Está claro que eso tiene que ver con la historia, con la cultura, y como todo lo cultural, es variable y variado. Y eso no es malo, sino todo lo contrario. Pero una cosa son esos roles culturales que de hecho históricamente se han adscrito al género, y otra muy distinta es que la sexualidad humana sea un dato histórico-cultural, y por tanto superable y eliminable.

En último término, la ideología de género pretende reproducir entre los sexos el viejo esquema dialéctico de la lucha entre oprimido y opresor, y por eso muchos ven en ella la forma en la que el marxismo clásico se ha mutado para sobrevivir tras el fracaso histórico de su modelo filosófico y cultural. Ahora bien, interpretar la relación entre los sexos desde una perspectiva hegemónica según el modelo de la lucha de clases es algo que sólo puede hacerse ignorando el sentido obvio del lenguaje de la biología, que más bien habla de convergencia, mutualidad y complementariedad.